



ARTE - HISTORIA  
FILOSOFÍA Y LITERATURA  
EN RELACION CON LA MEDICINA



APUNTES PARA UNA HISTORIA DE LA ANATOMÍA

III

LA ANATOMÍA HUMANA EN LA "ILÍADA" Y LA "ODISEA"

por el

Profesor Dr. PEDRO LAIN ENTRALGO

Catedrático de Historia de la Medicina en la Facultad de Madrid.

A mis amigos los médicos humanistas de Barcelona.

No es preciso ser un helenista para saber que la *Iliada* y la *Odisea*, además de ser portentosos poemas épicos, constituyen nuestra mejor fuente para el conocimiento histórico de la vida griega durante su llamada Edad Media. A la *Iliada* y la *Odisea*, pues, deberá volver sus ojos el historiador de la Medicina que desee adquirir una imagen de los primitivos conocimientos médicos del pueblo griego. Eso haré yo para iniciar mi somera historia de la Anatomía en la Grecia antigua.

La *Iliada* y la *Odisea* son, entre otras muchas cosas, los primeros testimonios escritos del saber anatómico griego. Este hecho, aparentemente banal y azaroso, cobra una grave significación histórica si lo comparamos con lo que, en orden a los conocimientos anatómicos, aconteció en Egipto y en la India. A tres notas puede ser reducida esa decisiva diferencia en el origen del saber anatómico.

La primera atañe a la índole del documento en que el saber anatómico adquiere constancia escrita. En Egipto y en la India, ese documento es un *himno ritual*: funerario en Egipto, exorcístico en la India. En Grecia, el documento es una *epopeya*, un poema de la acción histórica. Los tres documentos—la lista funeral egipcia, el poema védico y la *epopeya* griega—tienen una evidente intención religiosa; los tres nos hablan de la relación del hombre con la Divinidad, tal como la vivieron los egipcios, los indios y los helenos. Aquí es, empero, donde se inicia la diferencia a que aludí; porque la aparición de la *epopeya* como género literario, el hecho de que el hombre comience a expresar su relación con la Divinidad mediante el poema épico, supone una honda peculiaridad en el modo de vivir esa relación. No es, en efecto, indiferente al curso futuro de la sabiduría y de la ciencia helénicas el hecho de que la literatura griega se inicie con los dos poemas épicos que llamamos la *Iliada* y la *Odisea*. Quede intacto el problema que mi aserto plantea, y pasemos a indagar las consecuencias en que se expresa, por lo menos en lo tocante a la Anatomía (1).

La segunda de las notas diferenciales antes mencionadas se refiere a la forma en que aparece el saber anatómico. Las listas funerarias egipcias y los exorcismos védicos son simples enumeraciones ordenadas hierática y uniformemente. Son esquemas enumerati-

vos—rudimentarios, desde luego—al servicio de un rito religioso. En patente contraste con este modo de aparecer los nombres anatómicos, los que con tanta abundancia pueblan los versos homéricos se hallan, si vale hablar así, diluidos en la narración épica, y sirven a su fin prestando al relato realidad y viveza. El nombre anatómico es, en el primer caso, un *instrumento* para que el hombre consiga algo o cumpla su destino; en el segundo, es el término expreso de una *observación de la realidad*. La diferencia dista de ser baladí, y los frutos ulteriores de una y otra actitud intelectual se encargarán de demostrarlo.

La abundancia y la riqueza descriptiva de las observaciones anatómicas homéricas constituyen, en fin, la tercera de estas notas distintivas entre el origen del saber anatómico griego y el de los pueblos orientales, incluidos los indoiranios. Los primitivos documentos egipcios y los textos védicos no contienen sino pocos nombres anatómicos, rígidamente ordenados en el sistema enumerativo. La actividad de la mente que solemos llamar «descripción» es ajena a sus autores. No quiero decir con ello que la *Iliada* y la *Odisea* contengan descripciones anatómicas propiamente dichas. Quiero tan sólo poner de relieve la enorme abundancia de nombres anatómicos en los poemas homéricos y las sorprendentes vivacidad y exactitud con que tantas veces describe el poeta, de pasada, la realidad anatómica a que esos nombres se refieren. La *epopeya* homérica ocupa a este respecto una posición rigurosamente singular en toda la literatura universal: ninguno de los grandes poemas épicos, ni siquiera las *epopeyas* indoeuropeas posteriores a las homéricas, pueden compararse, en lo que toca al vigor y a la precisión de las observaciones anatómicas, con el portento de la *Iliada* y la *Odisea* (2).

Todas estas razones obligan al historiador de la Anatomía helénica a comenzar su tarea con un estudio de los conocimientos anatómicos contenidos en la obra de Homero.

FUENTES DEL SABER ANATÓMICO DE LA «ILÍADA» Y LA «ODISEA».—El primero en ocuparse del tema fué el cirujano MALGAGNE (3). Dos habrían sido, según MAL-

(2) O. Körner ha puesto en evidencia el contraste entre las descripciones anatómicas de la *Iliada* y la *Odisea*, tan exactas y copiosas, y las escasas e imprecisas alusiones de la segunda parte de la *Canción de los Nibelungos*, cuando su autor describe grandes combates y las heridas que en ellos reciben los combatientes.

(3) «Études sur l'anatomie et la physiologie d'Homère», *Bulletin de l'Académie Royale de Médecine*, Paris, 19-VII-1842.

(1) Cuando X. Zubiri publique sus investigaciones y sus ideas acerca del nacimiento de la sabiduría griega, tendremos los aficionados al mundo antiguo respuesta suficiente a dicho problema.



GAIGNE, las fuentes del primitivo saber anatómico de los griegos: la incineración de los cadáveres y la observación de las heridas de guerra. Sirvió la primera para el conocimiento del esqueleto humano; habría sido la segunda, completada por la observación culinaria y sacrificial de las vísceras animales, el pábulo principal de las múltiples nociones esplanológicas que el poeta posee y ostenta.

Cualquiera que sea la validez de las conjeturas de MALGAIGNE, hoy parece evidente que entrambas fuentes de conocimiento no tuvieron la importancia de otras dos: el destino que los griegos de los siglos homéricos daban a los cadáveres de enemigos y malhechores y la práctica de sacrificios humanos.

Los griegos incineraban en hogueras a sus propios muertos; pero los cadáveres de malhechores y enemigos eran abandonados en el campo, y allí se corrían o servían de pitanza a perros y buitres. Varios pasajes de los poemas homéricos lo atestiguan inequívocamente. (Od., I, 160-163; XII, 44-46; XIV, 133-136.) ¿No sería esta costumbre la fuente más inmediata de los conocimientos osteológicos de Homero?

De otra parte, la práctica de sacrificios humanos. Por grandes que fuesen las heridas abiertas vistas en el campo de batalla y por aguzado que estuviese en los griegos el afán de observarlas, tal experiencia no pudo ser suficiente para saber cuanto acerca de las vísceras humanas supo el poeta. Debe pensarse, en consecuencia, en otra fuente de conocimientos, y ésta debió de ser el sacrificio ritual de víctimas humanas. Es seguro que los sacrificios humanos estaban todavía en uso en tiempos de Homero, aunque el poeta, como FINSLER afirma, finja desconocerlos (4). El cuerpo de la víctima, fuese ésta animal o humana, era destinado a servir de alimento a los dioses, y de aquí que sufriese una preparación «culinaria», según la no muy delicada expresión de FULD. Teniendo en cuenta la singular avidez de saber de los primitivos helenos (HEBERG habla de un *Odysseustrieb*, un «impulso uliseico» a penetrarlo todo; KÖRNER, de un *ionischer Forschergeist*, del «espíritu investigador» de los jonios; X. ZUBIRI, con más hondura y precisión, de un «apetito de realidad» especialmente vivo), no es descabellado suponer que la práctica del sacrificio fuese también cantera del saber anatómico.

Otra cosa es pensar, como hizo KÜCHENMEISTER (5), que en los tiempos homéricos hiciesen los griegos autopsias de cadáveres humanos con fines estrictamente anatómicos. MALGAIGNE había negado la posibilidad histórica de esta conjetura en su trabajo sobre la Anatomía en Homero. Pocos años más tarde confirmó DAREMBERG (6) esta negativa de MALGAIGNE. Uno y otro pensaban que en la época de Homero un imperativo religioso vedaba la abertura de los cadáveres.

Hoy no puede ser mantenida sin reservas la actitud negativa de MALGAIGNE y DAREMBERG. Por grande que fuese el respeto religioso a los cadáveres de compatriotas, ese respeto era nulo frente al cuerpo de los enemigos muertos y al de los malhechores del propio pueblo. En tales cadáveres se cebaba la sed de venganza y eran arrastrados, incindidos y hasta despedazados. ¿Debe pensarse que el agudísimo apetito de realidad de los griegos no extrajo saber alguno de tan repetida experiencia? O. KÖRNER (7) concede gran

importancia a esta posible fuente de conocimientos anatómicos; y aun cuando FULD, basándose en lo que a su juicio debió ser el espíritu poético de Homero, haya puesto reparos a la hipótesis de KÖRNER, en modo alguno ha logrado descalificarla.

EL SABER ANATÓMICO EN LA «ILIADA» Y LA «ODISEA».—Es muy completa y solvente la exposición, ya clásica, que DAREMBERG hizo del tema; pero su método—una ordenación alfabética de todos los nombres anatómicos que aparecen en la *Iliada* y la *Odisea*—la hace poco adecuada a la lectura. Por esto, y sin mengua de la referencia directa a los textos homéricos, prefiero atenerme a la descripción de KÖRNER (8), en la cual son sistemáticamente ordenados, por regiones y aparatos los conocimientos anatómicos de los dos poemas.

*Esqueleto y partes blandas envolventes.*—Los dos poemas suelen llamar blanco (*ostéa leuká*) al color de los huesos: el recuerdo de los huesos humanos abandonados en el campo está, sin duda, detrás de esa expresión tópica. Nombra el poeta la médula ósea (*myelós*) del hombre y del animal. Este mismo nombre sirve también para designar, como en nuestro tiempo, la médula espinal; y no es presumible que para el griego primitivo fuesen cosa distinta una y otra.

La calavera en su conjunto recibe el nombre de *kránon*, dedonde la palabra «cráneo». Algunos pasajes (*Il.*, XII, 384-85; *Od.*, XII, 411-14) hacen suponer que el poeta sabía que el cráneo está compuesto por varios huesos. Las vértebras son llamadas *astrágaloi*, y una vez (*Il.*, XX, 482-83) *sphondylioi*. Son también directamente nombradas las costillas (*pleuraí*); la palabra *stérnon*, en cambio, no se refiere tanto al hueso así llamado como a la región media del pecho. *Omos* significa a un tiempo el omoplato y la región del hombro; *kleis*, la clavícula y la región clavicular.

Conciernen al brazo los siguientes nombres: *brakhion*, el miembro superior entero y, a veces, el brazo en sentido estricto; *pekhys*, el brazo entero y, una vez (*Il.*, XXI, 166), según DAREMBERG, el codo, que de ordinario es llamado *ankón*. La palabra *kheir*, mano, alude tanto a la mano propiamente dicha como al brazo; el conjunto del carpo y del metacarpo recibe el nombre de *kheir epí karmo*. La palma de la mano merece nada menos que tres denominaciones: *paláme*, *agostós* y *thenar*.

Al hueso de la cadera del hombre se le llama *iskhion*, palabra que acaso se refiera también a la cadera misma y a la articulación coxo-femoral. En el *iskhion* se halla la cavidad (*kotyle*) en que se aloja y gira la cabeza articular del fémur (*merós*). La articulación de la rodilla y la región correspondiente reciben el nombre de *góny*. La pierna, de cuyos dos huesos tiene el poeta noticia (*Il.*, IV, 517-23), aunque no los nombre, es llamada *knéme*. Tiene también su nombre la pantorrilla (*skélos*), y en el pie (*poús*) distingue el poeta el empeine (*tarsós*), el talón (*ptérne*) y los tobillos (*sphyrón*).

La piel—comprendida la grasa periférica y acaso los músculos superficiales—es distinguida con tres nombres: *derma*, *khrós* y *rinós*; y así se cuenta, por ejemplo, que un buitre «arranca la piel de los huesos» de un cadáver (*Od.*, XIV, 134), o que un venablo «separa la piel de las costillas» (*Il.*, XI, 437). De la grasa humana (*demós*) se dice que es blanca y que rodea al riñón.

También para designar a la carne muscular se emplean tres nombres diferentes: *kréas*, *sárx* y *myón*.

(4) Finsler, *Homer*, I, 405. Sobre el tema de los sacrificios humanos entre los griegos, véase: Schwen, *Die Menschenopfer bei den Griechen und Römern*, Giesesen, 1915, y Fuld, «Prähomerische Sektionen», *M. m. W.*, 1922, n. 50.

(5) Z. f. Klin. Med. v. Günsburg, 7, 1853.

(6) *La médecine dans Homère*, Paris, 1865.

(7) «Wie entstanden die anat. Kenntnisse in I. und Od.», *M. m. W.*, 1922, n. 42.

(8) *Die ertzlichen Kenntnisse in Ilias und Odyssee*, Munich, 1929.



La palabra *kréas* es usada de ordinario para nombrar lo que el pueblo suele llamar «carne», esto es, el conjunto de partes blandas que rodean a los huesos; y *stérz* es la carne muscular en sentido estricto; y el término *myón*, que no aparece sino dos veces, alude a los relieves musculares del hombro y de la pantorrilla.

Los cordones duros y tensos que la mano percibe bajo la piel son indistintamente llamados *ténon* y *neuron*, trátase de músculos (como los de la nuca), de tendones (los del codo) o de ligamentos. La *Odisea* llama una vez a los tendones *ines*. Es un error, por lo tanto, traducir *neuron* por «nervio», como no sea empleando esta palabra según su actual acepción vulgar.

**Regiones corporales.**—En la cabeza merece nombre especial la frente (*metopon*), limitada por las cejas (*ophryes*) y el entrecejo u origen de la nariz (*rinós hypér pymátes*). Al cuello (*aukhén* y *deire*) se le ve limitado por el occipucio (*inion*), la región auditiva, el maxilar inferior (*gnathmós*) y el suelo de la boca (*laimós*); y hacia abajo por la espalda (*noton*), los hombros (*omoi*), las clavículas (*kleídes*) y el pecho A la región «que separa cuello y pecho»—lo que hoy llaman los anatomistas *jugulum*—se le da el nombre de *laukanie* y se la considera especialmente peligrosa, porque tras ella está la tráquea (*aspháragos*).

En el pecho (*stéthos*) recibe el nombre de *stérnon*, como ya sabemos, la pared anterior. Las mamilas son llamadas *mazoi*, y de ahí el nombre de la línea mediana del tórax (*metamázion*). En la espalda (*noton* o *metáphrenon*) logra nombre especial la región interescapular (*ómon messegys*). También lo tienen las nalgas (*gloutós*).

El vientre (*gastér*) está compuesto por la región umbilical (*par'omphalón* o *mése gastér*), el hipogastrio (*hyp'omphalón*) y las regiones laterales (*neíaire gastér* o *lapáre*). Son también nombradas la región inguinal (*boubón*) y la pudenda (*aidoia* o *médea*).

Es sorprendente la seguridad y la precisión con que el poeta conoce la situación de las vísceras bajo cada una de estas regiones externas. En dos pasajes de la *Iliada* (II, V, 66-67 y XIII, 651-55) se habla de la herida inferida a un fugitivo: la flecha penetró por la nalga derecha, perforó la vejiga de la orina (*katá kystin*) hacia adelante y abajo, y apareció «bajo el hueso» (*hyp'osteón*), esto es, bajo la arcada pubiana (9). No es infrecuente leer descripciones semejantes a ésta.

**Cabeza.**—Entre las partes que componen la cabeza (*kephalé*) son individualmente nombrados el cuero cabelludo y el cabello (*khaite* o *thrix*), el cráneo y el encéfalo (*enképhalos*), del cual sabe el poeta que llena la cavidad craneal y se continúa con la médula cervical (*myelós*). En un pasaje de la *Iliada* se dice que la punta de una flecha le penetró a un combatiente por la boca (*katá stóma*), le rompió los dientes y los huesos (del paladar), pasó «bajo el encéfalo» (*hyp'enkepháloio*) y apareció por la nuca (II, XVI, 345-350).

**Visceras torácicas y abdominales.**—Léense con frecuencia en los dos poemas homéricos los diversos nombres con que los griegos designaban al corazón (*kardie*, *kradie*, *ker*, *étor*). Piensa el poeta que el corazón golpea de modo rítmico contra la pared torácica, especialmente en las situaciones angustiosas (II, XIII, 282): a un troyano le clavan una lanza en el pecho, y el latido del corazón hace que se estremezca el asta (II, XIII, 433-444). No es aventurado suponer que HOMERO conocía la conexión vascular entre el corazón y el cuello: «el corazón me late hasta la boca»,

escribe una vez (II, XXII, 451-52); y cuando quiere descubrir la poderosa cólera de Ulises dice, con frase soberbia, que «el corazón le ladraba como un perro enfurecido» (Od., XX, 13-16). Pero la expresión más demostrativa—y más discutida—del enlace vascular entre el corazón y el cuello es un paso de la *Iliada* en que se habla de la herida de un vaso sanguíneo (*phléps*), «que ascendiendo por la espalda pasa por el cuello» (II, XIII, 546-47). El vaso del cuello debe ser la vena yugular externa. ¿Cuál es, entonces, el que a ella conduce? DAREMBERG, REICHART y el filólogo BUCHHOLZ (10), apoyados en una hipotética coincidencia entre el texto homérico y un pasaje del escrito hipocrático de *locis in homine*, suponen que se trata de una imaginaria vena dorsal; KÖRNER, en época reciente, piensa que la expresión *aná nota* puede referirse tanto a la pared anterior de la espalda como a la posterior (11), con lo cual HOMERO aludiría muy precisamente a la vena cava superior. Por mi parte, creo a KÖRNER en lo cierto.

Cree el poeta—como todos los griegos, hasta ALCEON DE CROTONA—que el corazón y las formaciones anatómicas que le rodean (pericardio y diafragma) constituyen el asiento orgánico de la vida psíquica. No debió ser ajena a esta creencia la frecuente percepción de sensaciones molestas en el epigastrio y en la región precordial durante los estados de opresión y angustia. Al diafragma, en sentido estricto, se le llama *prapides*; mas también aparece con frecuencia la palabra *phrénēs* (12). ¿Cómo debe traducirse? Según Voss y, tras él, todos los diccionarios, *phrénēs* es el diafragma. Según MALGAIGNE y KÖRNER, el pericardio. La discusión, cuyo texto crucial sería el paso de la *Odisea* en que se refiere el proyecto de Ulises contra el ciclope (Od., IX, 299-302), está todavía abierta.

Tiene HOMERO nociones muy precisas acerca de la topografía de los pulmones (*pneúmon*) y del hígado (*hépar*). Sabe que el hígado está alojado bajo el diafragma (II, XI, 578) y cubierto por delante por la pared torácica: una flecha disparada desde arriba contra el contorno de la mamila (*pará mazón*) penetra en el hígado (Od., XXII, 82-83), al paso que un venablo clavado por encima de aquella hiere solamente el pulmón (II, IV, 527-28).

A las vísceras, tanto las torácicas como las abdominales, se las llama indistintamente *énkata*, *splánkna* o *éndina*; a las vísceras abdominales, *éntera* o *kholídes*. Entre éstas, son especialmente nombradas el estómago (*gastér*; a veces alude este nombre al útero, como nuestro «vientre»), los intestinos (*éntera*) y la vejiga de la orina (*kystis*), no contando las que ya se mencionaron. De los riñones, cuyo nombre no aparece, sólo se dice que están sumergidos en grasa (*demós epinephrídios*).

**Vías aéreas y alimenticias.**—He aquí los nombres más importantes: la nariz (*ris*, o *rines*, en plural), la cavidad bucal (*stóma*), el orificio de la boca (*mástax*), los labios (*kheilós*), los dientes (*odóntes*), el paladar (*hyperón*), la lengua (*glossa*), las fauces (*laimós*), la faringe (*phárynix*). La palabra *stómakhos* tiene en la *Iliada* la significación de cuello o garganta (II, XVII, 47-49). HOMERO debió conocer la relación entre la tráquea (*aspháragos*) y los pulmones, cuando afirma que una contusión fuerte en el pecho le hizo a Héctor expectorar sangre (II, XIV, 409-439).

**BALANCE FINAL.**—Los párrafos anteriores contienen, salvo algún pequeño detalle, los conocimientos anatómicos que poseyó el autor de la *Iliada* y la *Odisea*.

(10) *Homerische Realien*, Leipzig, 1871-1884.

(11) En el escrito hipocrático de arte se dice que el pulmón está «adogado a la espalda», con clara alusión a la pared anterior a ésta.

(12) De ahí se derivan frenesí, frenitis, frenocomio, frénico, freniatría, etc.

(9) Malgaigne hace observar, con razón, que la flecha debió penetrar por la escotadura ciática mayor.